

La urraca astuta

Dicen que los zorros son muy astutos y que siempre están engañando a los otros animales del bosque. Pero en este cuento, la urraca es más inteligente que él. ¿Quieres saber cómo la urraca engañó al zorro?

Había una vez una corneja que tenía un nido en un árbol, donde vivía con sus tres cornejitas aún sin plumas. Un zorro que vivía en aquel bosque se dio cuenta de esto y, queriéndose comer a las cornejitas, pensó en cómo engañar a la madre. Por eso gritó:

- ¡Eh, señora corneja! Soy leñador y el Rey en persona me ha ordenado que corte este árbol. La corneja, asustada, comenzó a suplicar:
- Se lo ruego, señor leñador, déme un poco de tiempo. Cuando mis hijos hayan crecido me iré a otra parte y podrá talar el árbol.
- Aunque yo crea lo que dice, el Rey no creerá en lo que yo le diga –contestó el zorro–. Tendría que llevarme a uno de sus hijos como prueba. De esta manera, la corneja le entregó uno de sus polluelos al zorro.

A la mañana siguiente, el zorro volvía a estar al pie del árbol:

- Señora corneja, hoy sí debo cortar el árbol sin falta.

La corneja se asustó aún más y volvió a suplicar:
- Déme más tiempo, por favor. Le daré a otro de mis hijos.

El zorro buscó excusas, fingió estar enfadado, pero finalmente aceptó y se fue con otra de las cornejitas.

Al cabo de unos días, pasó cerca del nido una urraca, que vio cómo la corneja estaba muy triste, acompañada de un solo polluelo.

- ¿Qué le ocurre que está tan triste, señora corneja? –preguntó la urraca.

La corneja le explicó todo lo que había pasado.
- Seguro que esto ha sido culpa del zorro, que la ha engañado –respondió la urraca. – Si el zorro vuelve a aparecer, dígame sin miedo: “Váyase y no vuelva! No pienso darle ninguno de mis hijos, porque ya sólo me queda uno”.

Al día siguiente, el zorro volvió con la misma historia de siempre, pero la corneja le dijo que



se fuera. Y aunque el zorro dio golpes con la cola al árbol, la corneja no le dio el único hijo que le quedaba.

- ¡Esto ha sido culpa de la urraca, seguro! –gritó furioso el zorro. –Pero ya verá, ¡me vengaré de ella!

Se fue corriendo y cerca del árbol se tumbó en la hierba y se hizo el muerto.

Al poco tiempo apareció la urraca, que empezó a volar alrededor del zorro para asegurarse de que realmente estaba muerto. Cuando se aseguró que no se movía, pensó:

- “¡Qué festín me voy a dar! Pero voy a empezar por la cola, porque si empiezo por la cabeza podría pillarme con los dientes.”

Y dicho y hecho, la urraca empezó a picotear la cola del zorro. Pero al llegar a la cabeza, el zorro, que no se había movido para no asustar a la urraca, abrió la boca y atrapó al pájaro. La urraca, sin perder la esperanza, dijo:

- ¿Por qué me ha atrapado entre sus dientes, señor zorro? ¿A caso le he hecho algún mal?

- ¿Qué si me ha hecho algún mal? –contestó el zorro enfurecido.- ¡Le ha metido ideas raras en la cabeza a la corneja y no me querido dar el último de sus hijos!

Pero la ira es mala consejera: el zorro no se acordó de que la urraca tenía alas, y justo en el momento en que abrió la boca, el pájaro salió volando y se posó en la rama más alta del primer árbol que vio.

El zorro, fuera de sí por la rabia, intentó trepar al árbol, para comerse a la urraca, pero en mitad de la subida cayó y murió al instante. Y así fue como acabó el zorro que había engañado a la corneja.